

El Corresponsal de París
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española

Redacción y Admón.

17 y 19 rue Marbeuge
París.

Año IV. - Núm. 423.

París 25 de mayo de 1888.

La situación.

La encarnizada polémica entre boulangistas y anti-boulangistas, lejos de disminuir, ha recordado, a juzgar por la acrimonia que se encuentra en el lenguaje de ambas fracciones desde que se ha constituido la "Sociedad de los derechos del hombre y del ciudadano".

A parte las recriminaciones mutuas que se dirigen los directores de ambos bandos, bueno es hacer constar, en nuestra fe de cronistas, el efecto que la reunión de anteayer ha producido entre los principales elementos de la Cámara. En el Palacio de Borbon no se hablaba ayer de otra cosa, y a decir verdad, hasta entre los mismos que figuran en los grupos antiboulangistas muchos había que ingenuamente confesaban no entender una sola palabra acerca de la organización heteroclita de esa "Sociedad de los derechos del hombre y del ciudadano", que tan pretenciosamente acaba de constituirse llamándose a sí misma la continuadora de la grande obra de la Revolución de 1789. - Observamos, además, que existía bastante descontento en ciertos grupos, por la forma en que se había hecho la convocatoria de la reunión que ha dado vida a la Sociedad referida. Efectivamente las invitaciones, debiendo comprender a todos los hombres más notables que se sientan en la Izquierda republicana, habían sido hechas con gran cuidado, y sabemos que numerosos y probados republicanos de larga historia y de inequívocos servicios habían sido olvidados adrede a fin de impedir por este medio que no asistieran a la reunión. Entre otros nombres respetables del partido republicano avanzado que se citan, figuran los señores Hovelacque, de Bouteiller, Chauviere, Richard, Vaillant, etc. miembros todos del Consejo municipal y colegas, por tanto, de M. Joffrin que, como saben nuestros lectores, era uno de los iniciadores del movimiento.

La prensa radical está, por otra parte, también indignada por el procedimiento usado en la reunión de referencia, prohibiendo la entrada en ella de los periodistas. Presidida por el diputado M^r. Clemenceau - cuyo republicanismo, sin embargo, no puede ser a nadie sospechoso - resulta un hecho ciertamente anómalo ^{y poco democrático} el de cerrar la puerta de la reunión a los representantes de la prensa, máxime cuando se trataba de un asunto que a las pocas horas había de ser lanzado a la publicidad por los mismos iniciadores.

Con este motivo, no hay que decir que la prensa boulangista, especialmente, viene hoy llena de los epítetos más sangrientos y enérgicos contra los iniciadores de la nueva liga, cuya suerte no nos atrevemos a predecir, pero acerca de cuyo éxito todo el mundo se permite ya toda clase de dudas.

La idea de la concentración republicana es ciertamente una idea generosa y utilitaria bajo el punto de vista de las instituciones Democráticas por que se rige este país; pero desde luego échase de ver que esta concentración nace híbrida y anémica por lo mismo que sienta su principal fundamento en la unión de fuerzas contra una personalidad determinada y no en la asociación de esfuerzos en favor de un programa concreto de reformas. - La impresión general es, pues, desfavorable a la nueva Asociación, por lo que tiene de tendencias exclusivamente personales; y por este motivo, muchos son los que auguran a la liga antiboulangista, disfrazada con el título pomposo de "Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", un fin parecido al que tuvo un día un tiempo la famosa "liga revisionista".

La cuestión de los billetes de 500 francos del Banco de Francia falsificados, se ha convertido ya, como preveíamos, en un verdadero conflicto. Habiéndose negado el Banco a cambiar a los portadores de buena fe los pocos billetes falsos que le han sido presentados, el comercio empieza a rehusar la aceptación de los de igual clase, aunque sean buenos, y dentro de poco veremos como el mercado de París rechaza toda clase de papel moneda procedente de aquel establecimiento de crédito.

Ayer mismo quedó presentada a la mesa de la Cámara una proposición de interpelación, a fin de pedir al ministro de comercio las necesarias explicaciones relativas al expresado conflicto.

De todas suertes, la opinión se muestra indignadísima contra el proceder del Banco de Francia en este asunto.

La liga anti-boulangista y la prensa extranjera. — Nuestra opinión acerca de la liga anti-boulangista que ha resultado de la reunión de ayer en el Gran Oriente de Francia, la vemos ya confirmada, apenas escrita, por una parte de la prensa extranjera.

Comentando la reunión Glemenceau-Ranc-Joffrin, el Daily Telegraph de esta mañana (así dice un telegrama que acaba de recibirse de Londres) cree que difícilmente podía esperarse ver a los hombres políticos franceses tan autorizado como los señores Glemenceau y Ranc, aliarse para una empresa con el violento socialista Joffrin, por más que esto se haya hecho a fin de presentar al mundo el espectáculo confiante de los republicanos de todos matices uniéndose ante el peligro común.

Bajo este último aspecto, se hace realmente inverosímil, continúa diciendo el periódico inglés, que un hombre político tan hábil como M.^r Glemenceau se haya asociado a una acción común contra un antiguo amigo, si realmente no existiera algún peligro en el hecho de la gran popularidad de este último. Será cosa de ver los medios de que se valdrá M.^r Glemenceau para detener el movimiento boulangista entre los electores parisienses.

Por lo demás, dice el Daily-Telegraph, la necesidad de una nueva organización para combatir al favorito popular no se dejaba sentir en nuestro concepto, y entendemos que todo signo de estupor o de espanto que den de nuevo los republicanos no hará más que aumentar el poderío del enemigo a quien se pretende combatir. El general Boulanger ha debido ser el primero en ver con satisfacción la reunión del Gran Oriente, toda vez que lo mismo que debía hacerle mella, y lo que ciertamente hubiera temido, era la indiferencia o el desden de sus adversarios. Puede ser fuerte la República; pero sus defensores esta vez le han hecho un cumplido bien poco agradable con ese acto de oficiosidad nerviosa que acaban de llevar a efecto.

El Daily-Telegraph estima, por último, que hubiera sido mucho más prudente, por parte de los adversarios del general Boulanger, abandonarle en el terreno que él ha escogido, y no seguirle como han hecho en la vana esperanza de dejarle atray en el peligroso camino emprendido. Nadie sabe hasta donde puede llegar la agitación boulangista, y bajo este concepto tal vez no debe reprocharse a los republicanos que organicen sus fuerzas contra un peligro que ellos bienamente van a ver. Pero en tal caso — añade el periódico inglés — resta a saber si debieron o no haber comenzado antes la tarea.

La boda del príncipe Enrique de Alemania. — Resumimos a continuación los detalles que el telégrafo nos transmite desde Berlín.

A las doce en punto de ayer todas las campanas de Charlottenbourg anunciaban que la ceremonia religiosa comenzaba en el castillo.

A las 12 1/2 una salva de 36 cañonazos indicó que el cambio de los anillos entre los desposados se había llevado a cabo. Con este motivo todas las campanas volvieron a ser echadas al vuelo.

Poco antes de mediodía se prendía el último alfiler — por decirlo así — en el tocado de la novia. Inmediatamente se puso en marcha el cortejo, teniendo a su cabeza al gran mariscal de la corte con su estado mayor. — El príncipe Enrique vestía el uniforme de marino, ostentando la cruz del Águila Negra y el gran cordón de Hesse. La princesa Irene llevaba un espléndido vestido de moiré antiguo, blanco, adornado de viejos encajes, de flores de naranjo y de mirto. La inmensa cola del traje era llevada por las cuatro damas de honor más jóvenes de la corte. Detrás del príncipe Enrique seguían el vice-almirante conde Monts, los ayudantes de campo y los altos dignatarios de palacio. La emperatriz era conducida por el gran Duque de Hesse, padre de la desposada.

El emperador, en el último momento, había renunciado a tomar parte en el cortejo. Apareció solo en la capilla cuando el pastor Kegel pronunciaba el discurso de unión a los recién casados. Federico III llevaba el uniforme de general y el gran cordón de la Orden granducal de Hesse.

Detrás de la emperatriz venían todos los príncipes invitado, cada uno con su respectivo séquito.

El príncipe Enrique, el príncipe imperial y más tarde el feld-mariscal Moltke, a su llegada a Charlottenbourg han sido objeto de entusiastas ovaciones por parte de la inmensa multitud que estacionaba en los alrededores del palacio.

Entre los asistentes a la boda figuraban todas las notabilidades civiles y militares de Berlín y los miembros ^{todos} del cuerpo diplomático.

Terminada la ceremonia, la emperatriz Augusta abrazó a la novia, mientras el príncipe Enrique se prosternó a sus pies e imprimió el ósculo en la mano de su abuela.

A las tres los novios partieron de Charlottenbourg para la Silesia. En todo el trayecto del palacio a la estación, los príncipes fueron entusiastamente aclamados por la muchedumbre. Última hora.

(Berlín, 25) Telégramas de la frontera nos anuncian que ha estallado una gran reanudación en las animosidades contra Alemania. Las familias alemanas residentes en Colonia han recibido orden de salir del país en el plazo de seis semanas. Esta noticia ha producido en Berlín una vivísima emoción.

(Nota: 30/0 82190 = Suor: 2175 = M. Eprouve: 2178.75)